ENFERMEDAD Y MUERTE

4ª Intervención de la Mesa redonda del XVI EFCSM 2022

Carlos Aldana Valenzuela

Esposo, padre y abuelo. Médico pediatra, formado en Estados Unidos y en México.

© 2022. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Testimonio. Enfermedad y muerte

Para esta pequeña presentación, la Fundación Maior nos ha pedido que sea de tipo experiencial, específicamente la enfermedad (tumor cerebral) y la muerte de nuestra hija mayor Ana Ceci.

Lo súbito de la presentación de la enfermedad, en una mujer joven previamente sana, nos tomó completamente desprevenidos. Ese mismo día, un amigo neurólogo, al ver la resonancia magnética nos confirma el diagnostico de tumor cerebral de características malignas. Vinieron después esquemas de radioterapia, quimioterapia, 2 cirugías, deterioro progresivo, cuidados paliativos y muerte el día de San Juan apóstol hace 4 años.

El dolor de ver a nuestra hija, con este sufrimiento, es profundo, como el de cualquier padre, y es una herida que no se cierra (una dulce herida), pero al mismo tiempo, uno se percata del carácter universal y a la vez misterioso del sufrimiento humano. A pesar de que en mi trabajo (terapia intensiva neonatal), algunos bebés mueren mensualmente, no deja de ser doloroso perder a un pequeño paciente, sobre todo aquellos que uno ve que tienen posibilidades de salir adelante y tener que informarles a los padres de su muerte. Recurre uno con frecuencia a nuestros grandes autores, que hemos revisado a lo largo de estos Encuentros. Dice el P. de Lubac: "Todo sufrimiento es único y todo sufrimiento es común. Tengo que tener presente esto último, cuando estoy sufriendo y recordar lo primero cuando veo a otros sufrir"[1].

En esta presentación, quisiera poner énfasis en los eventos tan hermosos que sucedieron en ese tiempo. Nuestra hija era muy inquieta y de nuestros tres hijos, la que tuvo una adolescencia más difícil. Sin embargo, años después aceptó el don de la Fe en su corazón. Una mujer servicial y generosa, que como alguna vez dijo P. Ricardo, veía cosas que los demás no veíamos. Un rasgo especial de ella, ya enferma, es que el Señor le dio el don de la gratitud, hacia los que le hacían un servicio por pequeño que fuera. Nunca hasta el final dejó de dar gracias. Antes de enfermarse estuvo un mes en Roma con el P. Eugenio. Llegué a pensar que tenía vocación a la vida consagrada, pero no, su camino fue el matrimonio, por cierto, en circunstancias muy especiales. Su novio, sin formación universitaria, de larga cabellera y arracadas en las orejas, sin muy buen gusto para vestirse y que le daba cierto culto al dios Thor (creo que es una deidad vikinga), despertó suspicacias en la familia.

Pero Ana Ceci no se equivocó. A sabiendas de que se estaba casando con una mujer que no le iba a dar hijos y con un pronóstico mortal, se entregó de lleno a ella hasta el final. Sigue hasta hoy visitándonos. Nos contó recientemente que una chica que salía con él, al enterarse de que era viudo, le dio miedo y se alejó. ¡No se imaginaba que un hombre joven podría ser viudo! De su condición de no católico, el P. Balthasar tiene palabras especialmente luminosas: "Pero acaso el amor humano es suficiente para asegurarnos del amor de Dios? Si es un amor desinteresado, abnegado, con un abandono del yo, entonces podemos decir que Dios está cerca"[2], de estas personas. Tenemos a Arturo en el corazón. Ana Ceci le hizo mucho bien, como también él a ella.

El dolor también hace que uno perciba más vivamente las bendiciones recibidas: nuestro matrimonio, nuestros hijos, sufriendo cada uno a su manera, pero unidos. Y sin faltar momentos de fiesta y alegría, y de vino ("el vino alegra el corazón del hombre" dice la Escritura). Vimos como nuestra familia extendida: hermanas, papás, suegra, primos, sobrinos, nuestra cuñada, nuestra

[1] Henri de Lubac. *Paradoxes of Faith. XIII Suffering*. Ignatius Press.
[2] Hans Urs von Balthasar, *The Grain of Wheat. Aphorisms. Love*. Ignatius Press.

© 2022. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

nuera. Los vínculos de unidad se fortalecieron. Cada quién sirviendo como podía. Como que Ana Ceci nos congregaba a todos nosotros.

El que hayamos podido vivir con serenidad este tiempo, no se debe, ni de lejos, a que tengamos atributos humanos especiales de fortaleza, adaptación o resiliencia, sino que el Señor decidió hacerse muy, casi puedo decir, obviamente, presente. Un gran misterio el sufrimiento de Dios por sus hijos. Luego algunos colegas lo interrogan a uno sobre esto.

Si me permiten, hay cosas que están en el corazón de la Fe cristiana, que creo que hay que tener especialmente presentes, en momentos de sufrimiento. Le damos la palabra otra vez a P. de Lubac: "Acoger el sufrimiento no significa disfrutarlo (seriamos masoquistas). No se trata de amar al dolor por sí mismo. Es consentir a la propia humillación por ello. Es abrirse a las bendiciones de lo que es inevitable. Hay un arte en el sufrir, pero no debe confundirse ni con el arte de cultivarlo, ni con el arte de evitarlo" (1). Este arte del que habla nuestro teólogo, es quizá un proceso, que hay que ir aprendiendo, sin pretensiones falsas de dominio de éste.

Dejar el dolor a los pies de la Cruz, ¡sí! Pero reconocer, que esto, en el cristiano tiene un carácter un tanto fragmentado, aunque sea muy real, muy vivo, y fecundo, y que sin embargo no debe uno confundirlo, con la ansiedad del Señor en la Cruz[3]. No podemos por un lado aceptar la desesperanzadora doctrina de Lutero, donde la gracia simplemente cubre al ser humano. ¡No! La gracia transforma, aunque sea muy patente que somos pecadores.

Adrienne, al ofrecernos su meditación sobre Mc 8,31, menciona que tendemos a vincular estrechamente el sufrimiento con la desesperación; Él por otro lado vincula sufrimiento con resurrección, sufrimiento con alegría. Debemos creer que la vida cristiana fluye a la alegría. No por ello el dolor es menos amargo, pero nunca da lugar a la desesperación[4]. Es lo que Dios espera de todos aquellos que intentamos seguirlo, con todas nuestras miserias y tropiezos.

Por último, quisiera subrayar el poder que la oración tiene. Que podamos ver que las fuerzas más esenciales de la Iglesia son la Oración, el sufrimiento, la obediencia fiel, la disponibilidad[5] que escapan a cualquier estadística. Se da uno cuenta que el dolor puede ser una forma de misión cristiana. Muchas personas oraron por Ana Ceci: la familia, los Siervos de Jesus, las Virgo Fidelis, que además de su oración Ana Ceci recibió servicios muy concretos, llenos de cariño y que siempre agradeceremos. La oración de nuestros queridos amigos aquí en España. De mis hermanos, el P. Eugenio y de manera especial, el P. Ricardo por su acompañamiento espiritual y que agradezco profundamente. Vínculos que van más allá de los de la sangre.

Ana Ceci muere en el día de la fiesta de San Juan, el discípulo del amor. "Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí no morirá eternamente" (Jn 11). Deo Gratias!

Carlos Aldana Valenzuela.

---

[3] Hans Urs Von Balthasar. *El Cristiano y la Angustia. II. El cristiano y la angustia*. Editorial Caparrós.
[4] Adrienne Von Speyr. *Mark*. Ignatius Press.
[5] Hans Urs von Balthasar. *Who is a Christian? IV Dispossesion and the universal mission*. Newman Press. En español, publicado por Ediciones San Juan, puede descargarse gratuitamente en pdf aquí.

© 2022. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es